La silla que mira a la puerta

Guion original · 3 intérpretes · Duración orientativa: 9 a 12 minutos

Obra de teatro original en un acto. Drama realista para tres intérpretes. **Duración orientativa:** 9 a 12 minutos, según el ritmo de las pausas y los desplazamientos. **Espacio:** sala de una casa, sin cambios de decorado.

Reparto

- **ELENA:** madre de Clara y Bruno, adulta mayor. Habla con firmeza; nadie debe imitar síntomas ni presentarla como incapaz de decidir.
- **CLARA:** hija de Elena, práctica y rápida para resolver problemas. Quiere ayudar, pero suele decidir antes de preguntar.
- **BRUNO:** hijo de Elena y hermano de Clara. Prefiere evitar discusiones, aunque también ha tomado decisiones sin consultarla.

Utilería: una silla firme, una taza vacía y un calendario de pared. **Convención escénica:** la puerta de entrada se imagina a la derecha; no hace falta construirla. La silla debe poder moverse sin cargar a nadie. El calendario se coloca a la izquierda. No hay más mobiliario necesario.

La silla que mira a la puerta

Escena única

(Al levantarse la luz, Clara está junto a una silla orientada hacia la puerta imaginaria. Bruno sostiene una taza vacía. Elena aún no está en escena.)

CLARA.— Así no. La espalda de la silla tapa el paso.

BRUNO.— No lo tapa tanto.

CLARA.— Ven desde la puerta. Intenta entrar con dos bolsas.

(Bruno cruza por el espacio libre, exagerando ligeramente el volumen de unas bolsas imaginarias. Se detiene ante la silla.)

BRUNO.— Con dos bolsas no pasaría. Con una sí.

CLARA.— Perfecto. Pondremos en el calendario que las visitas entren de una en una.

BRUNO.— No bromees. Ya sabes por qué quiero cambiarla.

CLARA.— Porque cada vez que vienes, encuentras la silla mirando a la puerta.

BRUNO.— Porque lleva tres domingos sentada aquí cuando llego. Ni siquiera escucha que abro.

CLARA.— ¿Y has pensado que puede ser justo por eso? Desde aquí ve llegar a cualquiera.

BRUNO.— Desde la pared de enfrente vería toda la sala. Y el calendario.

CLARA.— Eso del calendario es cosa tuya. Lo colgaste sin preguntarle.

BRUNO.— Tú trajiste la silla.

(Se miran. Clara aparta una mano del respaldo.)

CLARA.— La compramos entre los dos.

BRUNO.— Y desde entonces discutimos por dónde ponerla.

CLARA.— No quiero que una visita tropiece. Ni que mamá pase horas mirando una puerta vacía.

BRUNO.— Eso último es lo que más me preocupa.

CLARA.— Lo dices como si esperar fuera una enfermedad.

BRUNO.— No he dicho eso.

(Entra Elena por la puerta imaginaria. Se detiene al ver a sus hijos y la silla.)

ELENA.— ¿Ya habéis decidido dónde voy a sentarme hoy?

CLARA.— Estábamos viendo cómo dejar más paso.

ELENA.— Buena idea. ¿Y por qué la silla está atravesada?

BRUNO.— Porque yo pensaba ponerla de frente al calendario.

ELENA.— Ayer pusiste el calendario un poco más alto. No alcanzo bien a pasar las hojas.

BRUNO.— Puedo bajarlo.

ELENA.— Eso sí te lo he pedido. La silla, no.

CLARA.— Mamá, no queremos quitarte nada. Pero nos preocupa que te pases las tardes esperando visitas.

ELENA.— ¿Quién os ha dicho que las espero todas las tardes?

BRUNO.— Los domingos, cuando llego, siempre estás aquí.

ELENA.— Claro. El domingo vienes tú. Si a las cinco llaman a la puerta, me gusta ver quién entra antes de levantarme.

BRUNO.— ¿Y los días que no viene nadie?

ELENA.— Los días que no viene nadie también me siento. No os había dicho que el suelo desde aquí se ve más limpio, pero ahora ya lo sabéis.

(Clara sonríe apenas; Bruno deja la taza sobre el asiento de la silla y enseguida la recoge para no estorbar.)

CLARA.— A veces bromeas para que dejemos de preguntar.

ELENA.— A veces dejáis de preguntar para poder mover las cosas.

(Silencio corto.)

BRUNO.— Tienes razón. Antes de cambiarla debimos hablar contigo.

ELENA.— Me lo podéis preguntar ahora.

CLARA.— ¿Quieres que siga mirando a la puerta?

ELENA.— Sí. Pero no pegada al paso. Cuando vienen dos personas con bolsas, os quedáis en la entrada para enseñarme todo lo que habéis traído y yo no veo sus caras.

BRUNO.— Entonces la movemos un poco hacia aquí, sin girarla del todo.

ELENA.— Primero quiero probar desde dónde veo la puerta. Dejadla donde está. Voy a la puerta.

(Elena camina hasta el lugar donde estaría la puerta. Clara y Bruno esperan. Ella mira la silla, vuelve y se coloca a su lado.)

ELENA.— Si la adelantáis un palmo, queda el hueco abierto. Pero necesito verla de frente, no de lado.

CLARA.— Así, ¿te parece?

(Los hermanos levantan la silla vacía lo mínimo necesario y la colocan donde Elena indica. No la desplazan con una persona sentada.)

ELENA.— Ahora me siento a comprobarlo.

(Se sienta, mira la puerta imaginaria y asiente.)

BRUNO.— Queda más paso. Tendríamos que haberlo probado contigo desde el principio.

ELENA.— Sí. La próxima vez no empecéis por la conclusión.

CLARA.— Habíamos pensado venir más a menudo. A veces paso por el barrio y no entro porque creo que estás descansando.

ELENA.— Hay tardes en que descanso. Y otras en que me apetece conversar. Una visita que no he elegido también puede cansarme, por breve que sea.

BRUNO.— El domingo pasado vine antes de lo previsto. Pensé que una sorpresa te alegraría.

ELENA.— Me alegró verte. Pero estaba terminando una carta para una amiga y la dejé sobre la mesa. Cuando te marchaste, ya no me salía lo que quería contarle.

BRUNO.— Podías haberme dicho que volviera después.

ELENA.— Podía. No me resultó fácil decirte que no después de verte llegar contento. Por eso prefiero que preguntes antes. Así puedo decirte que sí de verdad.

CLARA.— A mí me pasa algo parecido. A veces voy pensando en lo que debería hacer por ti y, si dices que tienes planes, me parece que ya no sirvo para nada.

ELENA.— Me sirves de mucho. Pero ser mi hija no es un trabajo que tengas que terminar. También podemos pasar una mañana hablando de cosas que no me faltan.

BRUNO.— Me gustaría venir alguna vez sin traer una solución preparada.

ELENA.— Eso puede ser una buena visita. Incluso si terminamos discutiendo por el café.

BRUNO.— Podemos ponernos de acuerdo con el calendario. Clara quiere venir los miércoles y yo los domingos.

ELENA.— ¿Quién ha elegido el miércoles?

CLARA.— Yo. Es mi día con menos trabajo.

ELENA.— El miércoles voy al taller de lectura de la biblioteca. No pienso faltar para que vengas a comprobar si he comido.

CLARA.— No iba a comprobar eso.

ELENA.— La semana pasada me preguntaste si quedaban verduras, si había cerrado bien el grifo y si había usado la taza pequeña. Ni una palabra sobre el libro que llevaba en la mano.

CLARA.— Me preocupa no darme cuenta de que necesitas ayuda.

ELENA.— Lo entiendo. Pero cuando necesito algo, quiero poder decir qué es. Ayer te pedí que ajustaras la altura del calendario. No dijiste nada. Hoy has venido a mover la silla.

(Clara mira el calendario; Bruno lo descuelga con cuidado y lo presenta a la altura que Elena puede mirar sin levantarse. No hace falta marcarlo con lápiz.)

CLARA.— Tienes razón. Escucho «ayuda» y respondo con lo que me parece más urgente, no con lo que me has pedido.

ELENA.— Agradezco que vengáis. No quiero pasar las semanas esperando a que estéis libres, como si mi tiempo no contara.

BRUNO.— ¿Qué día te vendría bien?

ELENA.— El martes a media mañana, si Clara puede. Los domingos, Bruno, prefiero que me avises antes: algunos voy a visitar a una amiga.

BRUNO.— Puedo avisar. No me lo habías dicho.

ELENA.— No me lo habíais preguntado.

(Bruno señala el martes en el calendario y luego el domingo, sin escribir nada. Se lo deja a Clara para que lo coloque en la pared a la altura que Elena acaba de indicar.)

CLARA.— Los martes no siempre podré, pero puedo decírtelo con tiempo. Y si otro día necesitas algo concreto, me lo pides.

ELENA.— Me gustaría que me llamaras también alguna vez sin tener un recado pendiente. Solo para contarme lo que te pasó.

CLARA.— Eso sí puedo hacerlo.

BRUNO.— ¿Y yo?

ELENA.— Tú puedes dejar de entrar preguntando por qué estoy sentada.

(Los tres se ríen brevemente.)

BRUNO.— Me lo merezco. ¿Quieres la taza?

ELENA.— Sí. Pero dámela vacía. Luego decidiré qué me preparo.

(Bruno se la entrega. Elena sostiene la taza, mira la entrada desde la silla y comprueba el espacio libre.)

CLARA.— ¿La dejamos así?

ELENA.— Por ahora, sí. Si mañana quiero girarla, os lo diré. O la moveré yo.

(Clara revisa el paso desde la puerta. Bruno vuelve a colgar el calendario. Elena coloca la taza en su regazo y los mira sin apartar la silla de la puerta. Baja la luz.)

Nota para la puesta en escena

La tensión nace de tres deseos comprensibles: evitar un paso estrecho, estar presentes y decidir sobre la propia rutina. No hace falta representar una enfermedad, una pérdida de memoria ni una dificultad motora. Elena elige una posición y acuerda una ayuda concreta; la escena debe mostrar esa decisión sin convertirla en una demostración médica. La silla se desplaza **vacía y de manera controlada**, y la taza puede estar vacía durante toda la función.